

llevó a la residencia del nuncio, en 13 de octubre, a varios jansenistas, entre los cuales estaba Arnauld. El nuncio se mofaba de éste, en el seno de la intimidad, y decía que representaba el papel de Atanasio; pero cuando le vio entrar, recibióle con los brazos abiertos. Arnauld quiso pronunciarle un discurso; mas apenas había dicho «Monseñor,» el prelado, temiendo que dijera alguna frase molesta, le interrumpió para colmarle de cumplimientos: «Señor, le dijo, tenéis una pluma de oro para la defensa de la Iglesia;» y le prometió que el *bon Vecchio*, es decir, el Papa, se moriría de contento al saber que Monseñor Arnauld había ido a ver a su nuncio. El 24 de octubre, Arnauld fué recibido por el rey, que le acogió muy afectuosamente.

El día antes el Consejo había dado un decreto en el que el rey, tomando acta del breve de 28 de septiembre, ordenaba que las bulas continuasen siendo obedecidas y prohibía a sus súbditos «que se atacaran o se provocaran so pretexto de lo sucedido...», que emplearan términos heréticos, jansenistas o semi-pelagianos, y que escribieran sobre dichas materias discutidas.»

Ese decreto, empero, indignó a los jesuitas, porque en él no se hablaba de «la firma pura y simple,» y alarmó a Pavillon, quien, en 5 de noviembre, preguntaba a Gondrin: «¿No cabe deducir de los términos del decreto que Su Santidad ha creído que habíamos firmado pura y simplemente?» Añadía el obispo que no quería que le acusaran de haber «engañado al Papa» y decía que antes que pasar por esto, publicaría sus actas y relataría toda la historia: «Deseo con pasión, escribía, no verme reducido a este extremo.» El Papa, por su parte, ordenaba al nuncio que se informara exactamente del modo cómo se habían sometido los jansenistas. Entonces intervino de nuevo Lionne, quien consiguió de los prelados mediadores una declaración al pie de la cual puso su firma Arnauld, y que fué otro documento embrollado, en el cual no aparecían las palabras *pure et simpliciter*. Pero el Papa, que habría podido hacer preguntar a los obispos si habían firmado o no sin reservas, contentóse con la declaración de los mediadores, y en 19 de enero de 1669 escribió a los cuatro prelados:

«Aunque con motivo de ciertos rumores que habían corrido, hayamos creído que debíamos proceder más lentamente en este asunto (pues sobre este particular nunca habíamos admitido excepción ni restricción alguna, por estar muy fuertemente ligado a las constituciones de nuestros predecesores), al presente, después de las nuevas y considerables seguridades que nos han venido de Francia acerca de la verdadera y perfecta obediencia con que habéis firmado sinceramente el formulario..., hemos querido daros una muestra de nuestra benevolencia paternal.»

«Sinceramente,» decía el Papa; luego había aceptado la palabra hábil preferida por el ministro de Negocios extranjeros de Francia, el que había deslizado el famoso «mediante» en el texto del tratado de los Pirineos. El mismo día escribía a los mediadores dándoles las gracias y hablaba de la firma puesta sinceramente, *sincero animo*; pero añadía «según la prescripción de las letras apostólicas,» lo cual era decir algo más de lo que había dicho a los cuatro obispos. Todas las palabras de aquella negociación fueron pesadas en una balanza precisa.

La «paz de la Iglesia» fué celebrada como un gran acontecimiento del reino y para conmemorarla acuñóse una medalla, en la que se ve un altar y encima de éste el libro abierto de las Sagradas Escrituras; sobre el libro, crúzase las llaves de San Pedro y el cetro con la mano de justicia del rey; en lo alto, hay la paloma del Espíritu Santo emitiendo rayos. Aquella medalla fué el símbolo augusto de un acto, que nada tenía de tal. Un jansenista, el abad de Haute-Fontaine, escribía al jansenista Lancelot: «Monseñor de Alet ha sido burlado: Monseñor el nuncio ha sido burlado también...; ello ha sido una especie de juego de cubiletes.» Este jansenista opinaba de la paz de la Iglesia lo mismo que de ella decían los jesuitas.

El rey y sus ministros habían querido salir del «asunto mal iniciado» y en el que el auxilio del Papa había sido más necesario de lo que ellos hubiesen querido. Por otra parte, estaban convencidos de que existía una fuerza oculta del jansenismo, y el mismo nuncio Bargellini comprobaba que había en la Sorbona una respetable minoría jansenista, que los párrocos de París eran favorables a la secta, y que ésta se iba propagando entre las órdenes religiosas, y escribía, en 1668, que los únicos seguros eran los jesuitas. Fuera de la Iglesia, el jansenismo ganaba terreno: en la corte tenía aliados como el príncipe y la princesa de Conti y la duquesa de Longueville, que tuvo oculto por espacio de tres años en su palacio al gran Arnauld; contaba asimismo adeptos en el Parlamento, en la alta burguesía y aun en los gabinetes de los ministros; y por último la persecución exasperaba a los jansenistas ardientes. En 1668 circuló un libelo en que se calificaba al rey de «lobo» y de «tirano;» en la Sorbona presentóse una tesis que fué suprimida y cuyo autor discutía si el concilio general puede destituir a un Papa y si el Parlamento puede depone a un rey adúltero. El gobierno tuvo razón de querer acabar con «esas disputas» sobre materias cuyo «conocimiento, como decía el rey, no era necesario a nadie para su salvación.»

Compréndese asimismo que los jefes jansenistas se mostraran más acomodaticios que unas cuantas religiosas y los cuatro obispos. Las mujeres encerradas rezan, discuten, cantan, sueñan, se exaltan y buscan en la historia de la Pasión y de las vírgenes mártires precedentes para su vida y para su muerte. Ahora bien; ni el lugarteniente civil ni el jefe de ronda eran verdugos, ni el bondadoso arzobispo un pretor romano; y en París no había anfiteatro adonde arrojar mártires a las fieras. La distancia entre el heroísmo de aquellas mujeres, que habrían afrontado gozosas la muerte, y la pequeñez del peligro corrido, indican que toda aquella vida de Port-Royal es un anacronismo. Un obispo que se hace fuerte en su diócesis y da lecciones al rey, y cuyo «cerebro» no haría temblar «toda la fuerza de la monarquía,» es un tipo hermoso; pero también fueron personas anacrónicas aquel obispo y los otros tres que a él se juntaron. Esos cuatro prelados exigían de sus fieles la perfección de la vida cristiana; vigilaban los hogares domésticos, prohibían los juegos y la danza, vedaban la alegría é imponían la tristeza evangélica, acometiendo una tentativa extraña para transformar las regiones de Francia en cantón de Ginebra. Estaban en guerra con todo el mundo, con las órdenes religiosas, sobre todo con los

jesuitas, con sus cabildos y con su clero; exigían del futuro sacerdote tantas virtudes que una ordenación en sus diócesis era un suceso raro; y estaban en conflicto con las autoridades del Estado. El obispo Caulet negó, en 1676, la absolución a los oficiales y a los caballeros que habían invernado en su diócesis, y como éstos se asombraron de ello y dijieran que habían vivido conforme a las órdenes del rey, les replicó: «Más vale abandonar el servicio de la guerra que vivir a costa del pueblo.» Esos obispos eran anarquistas piadosos; en cambio, los jefes y directores políticos del jansenismo eran, como hemos dicho, hombres que vivían en el mundo y lo veían tal como era, y que, conociendo el poder de las fuerzas coligadas contra la pequeña iglesia disidente (1), se doblegaron ante la tempestad, salvando las apariencias. Y esos hombres que quisieron restaurar el amor y el temor de Dios, depurar la vida cristiana y templarla de nuevo en el pesimismo original, que vivieron austeramente y cuya palabra era tan vigorosa y tan grave, que aun hoy se siente toda su potencia, «obscurcen la verdad,» como dice Pavillon de Alet, «consienten en la mentira sin negar la verdad,» como dice sor Santa Eufemia, y prudentes, hábiles y tan astutos como los jesuitas, más astutos aún que éstos cuando es necesario, juegan al «juego de los cubiletes,» según frase del abad de Haute-Fontaine. La historia de esa derrota de un ideal es muy triste.

El papa, al parecer, pensó muy juiciosamente que era preciso apaciguar una contienda que debilitaba a la Iglesia y utilizar «la pluma de oro» de Port-Royal en la guerra contra los enemigos indubitables, los protestantes. De manera que el rey, los doctores jansenistas y el papa se habían puesto de acuerdo poniendo cada uno algo de su parte, y habían compuesto artificialmente aquella «paz de la Iglesia;» pero los jesuitas sabían que no era una verdadera paz y no querían que lo fuera. Por esto sostenían «con exaltación que el asunto no terminaría allí;» y, en efecto, volveremos a encontrarlo más grave y más trágico al fin del reinado, durante todo el siglo XVIII y aun después de éste.

CAPITULO II

EL GALICANISMO (2)

I. Cómo se presentaba la cuestión galicana.—II. Conflictos diversos.—III. La regalía: los comienzos de la cuestión.—IV. La intervención del papa.—V. Las asambleas de 1681.—VI. Fin de la asamblea de 1682.

I.—Cómo se presentaba la cuestión galicana

La cuestión galicana preséntase, por decirlo así, en forma de dos problemas.

La Iglesia de Francia está íntimamente unida al rey y casi confundida con el Estado; tiene una doctrina sobre el régimen general de la Iglesia; cree que la autoridad

de los concilios ecuménicos, en los que está congregada toda la Iglesia, es superior a la del papa, y que el poder episcopal ha sido instituido directamente por Dios, de suerte que cada obispo es, como el papa, un sucesor de los Apóstoles. En realidad de verdad, el obispo tiene superiores en la jerarquía católica y está sometido a una disciplina; pero esta disciplina debe permanecer tal como la definieron los antiguos cánones. La Iglesia de Francia pretende mantener los hitos «colocados por nuestros padres,» como decía Bossuet, y desde hace mucho tiempo defiende sus «derechos y libertades y franquicias» contra los abusos de la autoridad pontificia y del fisco romano; pero al mismo tiempo reconoce la primacía romana y estima como una gloria su adhesión indefectible a la sede de Roma. ¿Cómo conciliará su doctrina y sus obligaciones políticas para con el Estado con sus deberes para con el Papado? Nunca admitió el papa que un poder temporal se interpusiera entre él y la Iglesia, y desde que en el siglo XVI la concentración en torno del jefe pareció ser la condición de la salvación, aspira a la monarquía espiritual absoluta cuyo símbolo y cuyo medio sería la infalibilidad.

El rey de Francia cree haber recibido su corona directamente de Dios y entiende ser el amo de su reino cerrado por fronteras; pero es miembro de una Iglesia universal y el jefe de ésta reside fuera, es el superior de los obispos de Francia, como de todos los obispos, y el pastor supremo de los católicos franceses, como de todos los católicos, y su autoridad no se detiene

Magnum Bullarium romanum, ed. Cherubini, Luxemburgo, 1727-1742, 19 tomos en 12 vol. Mention, *Documents relatifs aux rapports du Clergé avec la royauté*, de 1682 a 1705, París, 1893. Bossuet, *Sermon sur l'unité de l'Eglise*, en las *Oeuvres oratoires de Bossuet*, ed. Lebarq, Lille, París, 1890-1897, 7 vol. Isambert, *Recueil...* t. XVIII y XIX. Depping, *Correspondance administrative...*, t. IV. Clement, *Lettres, instructions et mémoires de Colbert*. (Véase en el índice analítico las palabras: Clergé, Concile, Régale). Rome, por Hanotaux, en el *Recueil des instructions données aux ambassadeurs de France*, t. I, París, 1888. Numerosos documentos diplomáticos son citados o analizados por Gerin, *Recherches historiques sur l'assemblée du Clergé de France de 1682*, 2.^a ed., París, 1870; por Michaud, *Louis XIV et Innocent XI d'après les correspondances diplomatiques inédites du ministère des Affaires étrangères de France*, París, 1882-1883, 4 vol.; por Chantelauze, *Le cardinal de Retz et ses missions à Rome*, París, 1879; por Cauchie, *Le gallicanisme en Sorbonne*, en la «Revue d'histoire ecclésiastique,» t. III y IV (1902-1904).

Las correspondencias y memorias de la época, especialmente las *Lettres* de la Sra. de Sévigné («Collection des Grands Écrivains de la France»), de Bossuet en sus *Oeuvres*, ed. Lachat, París, 1875, 31 vol., en los tomos XXVI-XXX. Las *Mémoires* y las *Lettres* del cardenal de Retz en sus *Oeuvres* («Collection des Grands Écrivains.») Las *Mémoires* del P. Rapin, ed. Aubineau, París, 1865, 3 vol.; del P. Legendre, ed. Roux, París, 1863; del P. Ledieu, ed. Guettée, París, 1856, 4 vol.; las *Mémoires de Louis XIV pour l'instruction du Dauphin*, ed. Dreyss, París, 1860, 2 vol. El *Journal* de O. Lefevre d'Ormesson («Collection des documents inédits.»)

OBRAS: L. E. Dupin, *Histoire ecclésiastique du XVII^e siècle*, París, 1727, 4 vol. Ranke, *Die Römischen Päpste in den letzten vier Jahrhunderten*, 7.^a ed., Leipzig, 1878, 3 vol. Los libros antes citados de Gerin, Michaud, Cauchie. P. Loyson, *L'assemblée du Clergé de France de 1682*, París, 1870. Philipps, *Das Regalienrecht in Frankreich*, Halle, 1873. De Bausset, *Histoire de Bossuet*, Versailles, 1814-1819. 4 vol. Rebelliau, *Bossuet*, 2.^a ed., París, Hachette, 1905. Buonamici, *De vita et rebus gestis Innocentii XI*, Roma, 1876. Berthier, *Vita del Innocentio XI*, Roma, 1889.

(1) Véase pág. 47.

(2) FUENTES: *Recueil des actes et mémoires concernant le clergé de France* (abreviadamente: *Mémoires du Clergé*), París, 1716, 12 vol. *Collection des Procès-verbaux des assemblées générales du Clergé de France depuis 1560 jusqu'à présent*, París, 1767-1778, 9 vol. Duplessis d'Argentré, *Collectio judiciorum de novis erroribus qui... in ecclesia proscripti sunt*, París, 1724, 3 vol.

ante postes de frontera. ¿Cómo armonizará el rey sus derechos y sus pretensiones de monarca absoluto con su deber de hijo de la Iglesia? ¿Qué distribución permitirá á sus súbditos de su obediencia al papa y á él?

En tiempo de Luis XIV, los dos problemas se fundieron varias veces en uno solo, pero el segundo ocupó el primer término. Tan antiguo como la monarquía, ese segundo problema había tenido, en el transcurso de los tiempos, varias soluciones parciales que debían, al parecer, satisfacer al rey de Francia. En efecto, este rey disponía, mediante la colación de beneficios, de una gran parte de los bienes de la Iglesia y nombraba los obispos y casi todos los abades; y por otra parte, cierto número de máximas habían llegado á ser leyes de Estado (1). El rey no tiene superior en lo temporal, no puede ser excomulgado ni sus súbditos relevados de la fidelidad que le deben; ninguno de sus súbditos, y por ende ningún obispo ó clérigo, puede ser juzgado fuera de su reino; puede convocar concilios, y en cambio, sin su permiso, no puede celebrarse en Francia concilio alguno; y sin su aprobación, no se admite en el reino ninguna bula pontificia, ningún canon de concilio, ni siquiera ecuménico. De suerte que el rey se halla protegido por fuertes barreras contra toda invasión clerical ultramontana en la política, y hasta lo está contra el uso regular de la autoridad espiritual, autoridad de la que le corresponde una buena parte, puesto que es promotor de obispos y juez de las bulas y de los cánones de los concilios.

El rey de Francia estaba bien armado para defender las posiciones conquistadas.

La Iglesia de Francia, además de inclinarse, por las razones que ya conocemos (2), á conceder al rey una buena parte en la distribución de la obediencia entre él y el Papa, necesitaba de él para defender contra Roma sus «derechos, libertades y franquicias.»

La magistratura era anticlerical; entre ella y la Iglesia había semejanzas, pero estas semejanzas eran contrapuestas en ambas corporaciones: el magistrado y el clérigo, uno y otro personajes solemnes, llevaban una toga romana, pero que no procedía de la misma Roma; habían aprendido la elocuencia en los modelos antiguos, pero no de la misma antigüedad, y de aquí que declamaran en tonos diferentes; aprendían á interpretar textos, á sacar de ellos lo que contenían y lo que no contenían y á razonar escolásticamente; pero aquellos textos, textos de Estado y textos de Iglesia, se contradecían. El magistrado y el clérigo eran jueces competidores: el clérigo, durante la Edad media, había extendido su jurisdicción á casi todos los actos de la vida, teniendo en cuenta que en cada acto reprehensible hay un pecado; el magistrado había recuperado sus atribuciones en nombre del Príncipe y de la Ley, y siendo laico, fué laicisador. Al mismo tiempo que destruía la jurisdicción de la Iglesia en Francia, vigilaba celosamente los actos y las intenciones de los papas; detestaba la autoridad ultramontana, rival de la autoridad del rey y, por consiguiente, de la suya, y defendía también los «derechos, libertades y franquicias de la Iglesia galicana,» si bien no daba á esta palabra el mismo signi-

ficado que los obispos. Lo que le agradaba de esos derechos, libertades y franquicias era que al disminuir la autoridad del papa sobre la Iglesia permitían aumentar la autoridad del rey sobre esa misma Iglesia; convertía lo que eran libertades respecto del papa en servidumbre respecto de la corona, y no podía dejar de mostrarse más realista que el rey si surgía alguna contienda entre éste y el papa.

Finalmente, el rey tenía autoridad sobre la Facultad de Teología, poder espiritual que ya por tradición era antiultramontano (3), y aun la tenía mayor sobre la Asamblea del Clero, que era también, en parte, un poder espiritual y cuyo carácter mal determinado podía prestarse á útiles combinaciones. Al rey se le consideraba como «una de las partes mejores y más sanas de la Iglesia,» y se decía que en él «la dignidad eclesiástica estaba unida á la autoridad civil por unción divina.» De modo que el rey de Francia era jefe de su Iglesia, tanto cuanto era permitido serlo sin convertirse en cismático, y aportaba grandes fuerzas en el conflicto entre las dos potestades que á cada momento chocaban, porque es imposible una distinción exacta entre lo temporal y lo espiritual, conflicto entre dos majestades, dos orgullos y dos ambiciones. Luis XIV usó de esas fuerzas con más prudencia y templanza de lo que generalmente se cree.

II.—Conflictos diversos

La curia de Roma y la corte de Francia estaban en perpetuas negociaciones sobre toda clase de litigios y los negociadores empleaban comunmente un tono agrio. El papa y el rey se daban á cada paso «disgustos... más por pique que por razón.» En los comienzos del gobierno personal de Luis XIV, la cuestión de los guardias corsos, de la que oportunamente nos ocuparemos, estuvo á punto de hacer estallar la guerra entre el papa Alejandro VII y el rey; el asunto era de carácter político, pero puso de mal talante á las dos cortes y enconó los debates de orden espiritual.

En 1666, Colbert propuso, como un medio para disminuir «el exceso de sacerdotes y de frailes,» que los presbíteros no pudieran ordenarse hasta los veintisiete años y los frailes y las monjas no pudieran formular sus votos mientras no tuviesen veinticinco y veinte años de edad respectivamente. Al tener noticia de esto, el nuncio fué á encontrar al P. Annat, confesor del rey, y le dijo lo que tenía intención de decir al monarca en persona, á saber: que «si como príncipe cristianísimo no quería someterse á los concilios y á la Iglesia, siguiera al menos el ejemplo de Inglaterra, cuyo rey, que pretendía ser el jefe de la Iglesia, consultaba siquiera á los obispos en las cosas espirituales, como los holandeses consultaban á sus ministros y el Turco al Muftí; y que á lo menos el rey debía considerar al papa como al Muftí; que en Francia se sostenía que el concilio estaba por encima del papa, pero que á esto había de añadirse que el rey estaba por encima del concilio; que para un asunto puramente espiritual el rey sólo consultaba á personas laicas, que sobrevendría el cisma y que

(3) El Papa y el rey se disputaban la influencia sobre la facultad, cuya historia en aquel momento es muy curiosa.

seguramente lo provocaría el papa.» Estas palabras fueron trasladadas al rey, el cual las halló tan «horribles que no se atrevía á repetir las.»

«Me contuvo, dice en sus Memorias, ese sentimiento de respeto que siempre debemos tener á la Iglesia, en lo que es de su verdadera jurisdicción, y resolví no decidir ese punto sino de acuerdo con el papa.»

En una palabra; el asunto «quedó fracasado,» como dice de Ormessón.

En 1663 la Facultad de Teología censuró en la Sorbona escritos, en los cuales se defendía la teoría de la infalibilidad, y habiendo el papa protestado y solicitado que fuese abolida la censura, el rey se disculpó de no poder complacer á Su Santidad, fundándose para ello en las leyes y en los usos de su reino. Insistió el papa, y por último, en 1665, condenó la censura por medio de una bula (1), de lo que el procurador general apeló, por ser un abuso, y el Parlamento, después de haber admitido su apelación, le ordenó que expusiera sus razones dentro de tres días (29 de julio).

La Asamblea del Clero, que se hallaba reunida entonces, notó en el decreto de 29 de julio términos que demostraban que el Parlamento pretendía «conocer enteramente de la doctrina, en perjuicio de la autoridad y de la jurisdicción episcopales, y atacó al abogado general Dionisio Talón con motivo de una requisitoria pronunciada en 12 de diciembre del año anterior. Talón (2) era uno de los representantes del galicanismo parlamentario y buscaba y encontraba en textos de todas clases (cartas de los papas de los primeros siglos á los emperadores de Constantinopla, textos de concilios de donde saca que emperadores y reyes habían participado en actos concernientes á la fe) los argumentos para sentar la teoría de la potestad del rey en materia religiosa. La Asamblea redactó para el monarca una memoria contra «la máxima herética» enunciada en el Parlamento, á saber, «que los príncipes temporales tienen el derecho y el deber de decidir acerca de los dogmas de la fe y de la disciplina eclesiástica;» que tienen «un sacerdocio regio, una plenitud de poder legítimo, un poder para hacerlo todo, una eminencia de autoridad, no sólo en cuanto á la disciplina y al arreglo de las costumbres, sino también en cuanto al dogma de la fe y á la extinción de las herejías.» La Asamblea terminaba diciendo:

«Vuestra Majestad es demasiado ilustrada para no penetrar en las perniciosas consecuencias de esa doctrina, una sola parte de la cual ha sido, en el siglo último, el origen de los cismas y de la herejía de Inglaterra.»

Varias veces escuchó el rey las lamentaciones de los obispos que le hallaron perplejo: «Lo que acabo de oír

(1) Sobre esta cuestión, que armó gran ruido, y sobre los escritos en pro y en contra de la infalibilidad, véanse Gerin, *Recherches historiques sur l'Assemblée de 1662*, y Cauchie, *Le Gallicanisme en Sorbonne*, citados anteriormente. Véase también Bouix, *La Faculté de théologie de Paris, de 1663 à 1682*, en la «Revue des Sciences ecclésiastiques,» t. VIII. — En 1663, la Sorbona hizo una declaración de principios galicana en seis artículos que viene á ser el prototipo de la declaración galicana de que hablaremos más adelante. Véase también Allier, *La cabale des dévots*, págs. 370 y sig.

(2) Œuvres de Omer y de Dionisio Talón, París, 1821, 6 vol. Roux, *Omer et Denis Talon*, Agen, 1893.

es considerable,» decía; y daba respuestas equívocas. En vez de resolver con su autoridad, quiso practicar una especie de arbitraje entre el Parlamento y el Clero y manifestó «el deseo» de que se pusiera término al incidente y de que no se hiciera mención alguna de él en el acta de la Asamblea; mas no habiendo ésta querido acceder á ello, el monarca no insistió más:

«Entendí que lo más corto era dejar que escribieran lo que se les antojara en sus supuestos registros, los cuales, á decir verdad, no eran sino memorias particulares, de las que no podía sacarse ninguna consecuencia.»

En cambio Luis XIV cedió, y esto es más grave, en lo de la condenación por Roma de la censura dictada por la Sorbona; en efecto, el procurador general, cuya apelación había sido admitida en 29 de julio, no se presentó el 1.º de agosto ni en los días siguientes á exponer sus razones. Las negociaciones con Roma continuaron, bien que mansamente, y se buscaron «expedientes convenientes,» como dice el rey, el cual añade:

«Me satisfacía mucho que ello terminara cuanto antes, persuadido como estaba de que, en las ocasiones importantes que de todas partes se me habían ofrecido, era siempre más ventajoso que aquella corte me fuera más bien propicia que contraria.»

La moderación del rey fué tanto más digna de notarse cuanto que sus consejeros se inclinaban á la violencia y sus ministros eran adversarios apasionados de la doctrina ultramontana, no transigían con la pretensión de la infalibilidad y hacían ver al monarca que un papa infalible podría «quitarle la corona de la cabeza,» como algunos papas hicieron en otro tiempo. Lionne, antiultramontano vehemente, amenazaba, en sus despachos, á la curia romana, y después del decreto de 29 de julio, escribía: «No es más que un esbozo de lo que podrá hacerse, si no hay más prudencia y previsión.» Otras veces decía, en tono de broma:

«Después de todo, ¿qué le importa al papa que Francia sea católica ó hereje?... ¿Acaso es menos papa por haber perdido Inglaterra? ¿Sería menos gran príncipe si sólo fuese señor de Roma y del Estado eclesiástico?»

De modo que Lionne pensaba en el cisma de Inglaterra y también pensaba en él la Asamblea del Clero. El nuncio había dicho: «Si quieren el cisma, lo tendrán;» pero el cisma era indudablemente aquella «palabra horrible» que el rey no quería repetir.

El debate sobre la infalibilidad hacía incurrir al monarca en contradicciones que no tardaron en hacerse patentes. El galicanismo de los obispos y el de los magistrados estaban de acuerdo en negar al papa el derecho de definir la fe sin el consentimiento de la Iglesia universal; pero no se sabía cómo debía expresarse ese consentimiento. El cisma había separado de la Iglesia varias grandes naciones y las que habían permanecido católicas se detestaban entre sí, habiendo sido en extremo difícil reunir el concilio de Trento y lograr que llegara á feliz término. Los príncipes temían esas asambleas, de las cuales podían esperar siempre algunos atentados á su poder laico; los papas veían en ellas una competencia á su autoridad; y por esta razón ya no volverá á reunirse un concilio ecuménico hasta 1870. Hasta los concilios nacionales habían caído en desuso y el rey se guardaba de resucitarlos, porque un concilio de la

(1) Véase el tomo anterior.

(2) Véase pág. 166 y sig.

Iglesia de Francia habría representado mejor que la Asamblea del Clero un poder enfrente de otro poder, y Luis XIV no quería permitir ese encuentro.

Por otra parte, un concilio nacional no habría podido por sí solo adoptar en materias de fe decisiones para la Iglesia universal; para ello se requería el *consensus* de toda la Iglesia, ó el del papa ó el de ambos. Por esto los obispos y el rey habían recurrido, de buen ó mal grado, á la autoridad pontificia contra los jansenistas, habiendo sido el papa quien, accediendo á las vivas súplicas del monarca, condenó la secta. Con mucha razón, pues, hacía observar el papa la contradicción en que se incurría cuando le pedían tales servicios precisamente en el momento en que se le negaba la infalibilidad. Declábase en Roma que la doctrina que tiende á «hacer que el papa sea considerado en Francia como si sólo fuese obispo de Roma,» ocasionaría al rey «perjuicio en los piadosos proyectos que ha emprendido de exterminar el jansenismo en sus Estados, puesto que las bulas y constituciones que contra ellos se han dictado á instancia de Su Majestad serían de efecto nulo.»

Este argumento no tenía réplica; en efecto, si ya no hay concilios, ¿quién definirá la fe y condenará la herejía? Sólo pueden hacerlo el papa ó el rey. El rey ni se atreve ni quiere; ¿será, pues, el papa? En este caso, será el único juez, el juez infalible. El rey no quiere llegar hasta esa concesión; ¿cómo salir del dilema? Y del dilema no se saldrá. Luis XIV tenía demasiado buen sentido para no comprender cuán peligroso era ir en busca de una definición exacta del poder pontificio; puede creerse, por consiguiente, que si se metió en esa empresa con ocasión del derecho de regalía, no lo hizo de muy buena gana (1).

III.—La Regalía: los comienzos de la cuestión

En 1673, una declaración afirmó que el derecho de regalía «correspondía universalmente al rey en todos los obispados del reino, á reserva de aquellos que estaban exentos de él por título oneroso.»

En aquellos tiempos en que el clero vivía de sus propias riquezas, había en cada obispado bienes y rentas atribuidos al obispo y que constituían sus temporalidades. El obispo disponía, además, de beneficios con cuya renta se atendía al sostenimiento de los archidiaconos, arciprestes, párrocos y de otras «curas de almas,» y confería otros beneficios que no tenían destino especial. La regalía era el derecho del rey de percibir los frutos de las temporalidades y de proveer los beneficios epis-

(1) Por lo demás, quisieralo ó no el rey, la contienda sobre la infalibilidad continuaba, según se ve en la correspondencia del nuncio Bargellini (Cauchie, obra citada). La Sorbona discute nuevamente la cuestión de la superioridad de los concilios y el rey trata de apaciguar esa polémica (1668-69). En el mismo momento, surge un conflicto entre los obispos y los regulares, viéndose los primeros apoyados por el Parlamento y por el Gobierno. El obispo de Agén, Claudio Joly, entre otros, quiere obligar á los jesuitas á que le pidan permiso cada año para predicar y confesar (1668), y el Parlamento dicta un decreto de conformidad (marzo de 1669). El nuncio escribe: «En este asunto grave tengo en contra mía al rey, á los ministros, á los obispos y á todo el mundo» (marzo de 1669). En septiembre de 1670 se prohíbe la publicación de una bula pontificia, del mes de junio anterior, que determinaba los privilegios de los regulares. En esas cuestiones, galicanos y jansenistas se juntaban contra los ultramontanos.

copales á la muerte de un obispo y hasta el momento en que el sucesor, instituido y consagrado, había hecho registrar su juramento en la Cámara de las Cuentas, acto que «ponía término á la regalía.»

A la declaración de 1673 se le dió efecto retroactivo, requiriéndose á los obispos de las diócesis hasta entonces exentas para que hicieran registrar sus juramentos y disponiéndose que mientras así no lo hiciesen, su sede se consideraría vacante y la diócesis quedaría sometida á la regalía. Aunque esta medida afectaba á cincuenta y nueve diócesis (la mitad de las de Francia), sólo dos obispos protestaron, el de Pamiers y el de Alet, y habiendo el rey reproducido su declaración en 1675, ambos obispos se negaron á someterse, sin que se formulara ninguna otra reclamación. La Asamblea del Clero, reunida en aquel mismo año, nada dijo acerca de este asunto á pesar de haber sido sometido á su conocimiento.

En realidad de verdad, el clero no era partidario del derecho de regalía, que consideraba como una «servidumbre» consentida por la Iglesia, y se limitaba á «tolerarlo.» Un decreto del Parlamento de 1608 había declarado que el derecho pertenecía al rey en todo el reino, y el clero, después de haber protestado, litigado ante el Gran Consejo y perdido el pleito, se resignaba. Por otra parte, el rey hacía un uso muy moderado de su derecho en el siglo XVII. La regalía se dividía en espiritual y temporal; era espiritual por la colación de beneficios que tenían cura de almas, y en este concepto era peligrosa para la Iglesia, por más que reyes como Luis XIII y Luis XIV eran incapaces de dar por puro favor y por su sola autoridad beneficios que tuvieran anejas curas de almas. En cuanto á los demás beneficios, desde los tiempos de Luis XIII el rey reservaba «el fruto» de los mismos al futuro obispo, á quien lo regalaba. Este régimen, que la Iglesia soportaba, era en realidad soportable, y no podía constituir gran escándalo el que, estando establecido desde remota fecha en la mitad del reino, fuese extendido al reino entero. Nadie, pues, preveía que la regalía pudiera ser causa de un conflicto; es una cuestión «ligera en el fondo,» decía Bossuet, y Roma no había protestado, como tampoco protestara la Asamblea del Clero, contra las declaraciones de 1673 y 1675.

Mas los dos que protestaron, Caulet de Pamiers y Pavillon de Alet, ambos jansenistas, consideraban los derechos de su Iglesia como un depósito que habían de transmitir intacto á sus sucesores bajo pena de pecado capital; y como indudablemente la introducción de la regalía en sus diócesis mermaba esos derechos, negáronse á investir á los «agraciados en virtud de la regalía,» es decir, á los beneficiados que el rey envió á sus diócesis en virtud del derecho de regalía que acababa de introducir en ellas.

Ahora bien; los jesuitas se pusieron al lado del rey y enfrente de los jansenistas, y Caulet acusó al P. de la Chaise, confesor de Luis XIV y que llevaba «la hoja de los beneficios,» de haber querido extender el derecho de regalía únicamente para hacer nombrar beneficiados de su conveniencia y á su devoción en las diócesis que se conservaban exentas. Ciertamente los jesuitas procuraban crearse «hechuras» suyas en las familias importantes por medio de tales beneficios; pero se alar-

maban al ver que se levantaban dos fortalezas jansenistas, las cuales, defendidas por obispos, serían más temibles que el monasterio femenino de Port-Royal y su cohorte de solitarios, y devolviendo á los jansenistas injuria por injuria, decían que aquel gran escándalo á propósito de la regalía era más bien un efecto de una «intriga enconada que de un celo por la religión.»

La regalía fué, por consiguiente, un campo de batalla para los dos grandes partidos, los jansenistas y los jesuitas.

IV.—La intervención del papa

El papa, en el entretanto, no intervenía en la contienda y el tiempo pasaba. Muerto Pavillon de Alet á fines de 1667, Caulet de Pamiers sostuvo solo la lucha y negó su obediencia á un decreto del Consejo que ordenaba que recibiese á los agraciados en virtud de la regalía. En vista de ello le fueron embargadas las temporalidades, y habiendo su metropolitano, el arzobispo de Tolosa, condenado su oposición, apeló de la sentencia á Roma.

Inocencio XI, elevado al solio pontificio en 1676, era un papa de costumbres austeras, muy piadoso y de imaginación visionaria. Los grandes recuerdos del papado conturbaban su espíritu, y distribuía entre los reyes los papeles de la guerra contra el Turco, ofreciendo á Luis XIV el trono de Constantinopla y otros reinos para los hijos de Francia. «Preocupado por encima de todo de su autoridad, cuyos límites no conocía bastante,» afligíase y se irritaba si le discutían la infalibilidad. Decíase que «hablar con él era estrellarse la cabeza contra la pared.» Declaraba que «cuando se trata de conciencia, es preciso satisfacer á Dios y cumplir su deber, dejando después á Dios el cuidado de lo que suceder pudiera;» lo cual no era óbice para que «nada pudiera desear en punto á astucia, á guarda de un secreto y á disimulo.» Ora se le veía arrebatado, rabioso, «agitándose en su silla con poca decencia para un papa;» ora acariciaba y lloriqueaba. Padecía de cálculos renales que le hacían sufrir mucho, y era melancólico, «teniendo alimento perpetuo de disgustos y de pesares.»

Cuando se planteó ante él la cuestión de la regalía, Inocencio XI la trató con apasionamiento, y en un primer breve escrito al rey en marzo de 1678, declaró que no podía consentir que se despojara de sus libertades á las iglesias recientemente sometidas á la regalía, terminando sus protestas con estas duras frases:

«Nos ha producido extraño asombro el que la consideración de una verdad tan constante y de una justicia tan manifiesta ha pesado menos en el ánimo de Vuestra Majestad que los consejos de aquellos que, mirando más por sus intereses terrenos y temporales que por los bienes celestes y eternos, mientras no piensan en otra cosa que en hacerle la corte con sus adulaciones aumentando de paso su propio poder, no se preocupan de si algún día le causarán, Dios no lo quiera, terribles tormentos de conciencia cuando será preciso comparecer ante el tribunal de Dios... Son gentes que no tienen más que miras bajas é interesadas...»

Después de semejante carta escrita á Luis XIV, la cuestión de la regalía, tan pequeña en su origen, pero aumentada ya por el conflicto entre los jansenistas y los

jesuitas, se convertía en un episodio de la lucha entre el Sacerdocio y el Imperio.

Todo el mundo se puso en movimiento: jansenistas contra jesuitas; ministros, consejos y Parlamento contra Roma. Las personas ajenas á la Iglesia tomaron cartas en el asunto y los que simpatizaban con el jansenismo ó conservaban un temperamento de oposición, como, por ejemplo, la señora de Sévigné, admiraban á aquel papa atrevido. Desde París, el nuncio y otros corresponsales comunicaban á Roma que la buena causa tenía amigos, y la misma Roma era un hervidero de intrigas cuya historia no se ha desembrollado todavía. El obispo de Pamiers tenía allí una agencia. Los jansenistas ya no juraban más que por la Santa Sede, y decían:

«Los jesuitas, que se vanaglorian de estar más unidos que el resto de los fieles á ese centro de la Unidad..., dicen públicamente que el jefe visible de la Iglesia no puede dejar oír su voz en este reino, sino con el beneplácito del rey y de sus funcionarios.»

Los jesuitas, al parecer, representaron un doble papel, apoyando en Roma al Papa y al rey en París; pero es muy singular que los jansenistas llegaran á ser hijos devotos de Roma, que condenó sus doctrinas, y que el papa los mimara como hijos queridos.

El rey, al recibir el breve pontificio de marzo de 1678, conservó toda su sangre fría:

«Manifesté al nuncio, escribe á su embajador en Roma, duque de Estrées, cuánto me sorprendía que el papa discutiera conmigo sobre una materia que era puramente de los derechos de mi corona; que en todos los asuntos que se referían á la Iglesia y á la religión, yo escuchaba siempre lo que él me decía con profundo respeto, pero que nada podía yo escuchar respecto de lo que afectaba á un Estado y á mi corona y que, por consiguiente, no tenía que darle ninguna respuesta sobre un asunto en el que yo no podía entrar.»

Cuando en 1.º de julio, después de transcurridos algunos meses, se decidió á contestar al papa, no hizo otra cosa que repetirle lo que había dicho al nuncio; y habiendo el papa querido tratar de la cuestión con el duque de Estrées, éste se excusó con la orden que tenía «de no hablar de ello en modo alguno,» dado que un derecho de la corona que no «afecta» al papa, no puede ser objeto de «negociación.» Inocencio pareció resignarse á «no hablar más de ello.»

Pero los incidentes se sucedían en Pamiers, cuyo obispo persistía en no recibir á los agraciados en virtud de la regalía. Inocencio XI, en un segundo breve dirigido al rey en enero de 1679, declaró que tomaba al obispo bajo su protección, y en agosto escribió á Caulet felicitándole porque era sacerdote fiel, suscitado por Dios y que «se mantiene firme como un muro de bronce.» Finalmente, en el mes de diciembre, el papa, en vista de que el rey no contestaba á su segundo breve, le dirigió un tercero, en el que reprodujo sus censuras contra aquellos «consejeros sin fe, que sólo tienen miras y afectos terrestres y que, por medio de sugestiones, en apariencia útiles, pero en realidad perniciosas, hacen bambolear los cimientos de vuestra monarquía, asentados sobre la veneración de las cosas santas y sobre la defensa de los derechos y de la autoridad de la Iglesia.» El breve terminaba con esta amenaza: